

José Ríos

Ocaso

Salta

Yo no escribo mis versos, ni los
creo; viven dentro de mí, viene de
afuera; a ése, travieso, lo formó el
deseo, a aquél, lleno de luz, la
primavera.

Gutiérrez Nájera

*Ilustra la tapa de este libro un cuadro
del pintor **LUIS PETRI**. Edición del autor.*

A todos

O CASO

La última rosa

La última rosa de mi jardín se muere
deshojándose lentamente,
golpeada por el viento implacable.

L

La última rosa,
la que vi nacer y crecer
entre las brisas fragantes
y las postreras tormentas del verano.
(Luz vegetal acariciando el aire,
ondulación transitoria para el goce de los ojos,
parte del sol
que contiene el rocío de los amaneceres)

*Será un recuerdo rosa
la rosa que desaparece.*

Copla

Como un cielo de Luis Petri
está luciendo
la tarde,
con un cielo y otro cielo
de terciopelo en el aire.

La casa de tablas



hí está todavía,
desde que esta parte de la ciudad
era una hermosa aldea con terrenos baldíos,
con cielos de horizontes amplios
y luminosos,
donde el viento levantaba remolinos
y barriletes,
donde el fragante olor de un aserradero
perdura todavía.

La lluvia tiene una dulce sonoridad
sobre el ondulado, herrumbroso cinc de su techo.

Un día, seguramente,
el inspector urbano
ordenará su desalojo
y se la llevarán de a pedazos
hacia otro baldío, lejos.

CREPUSCULAR



Octubre está en las nubes
anunciando las lluvias,
aproximando el tiempo
de las siembras y las mieles.
En cada retazo de cielo
la tarde como un incendio de pájaros
sostenido en el horizonte.
La tierra ansiosa y polvorienta,
desnuda todavía,
esperando los surcos abiertos,
las primeras ráfagas del agua.

En un campanario,
arrullando las palomas
y más atrás los misterios del crepúsculo.

Ensueño

Si cambiáramos, si fuéramos otros,
como aquellos que perdieron la razón
o que nacieron sin ella,
quizá soñaríamos imposibles,
paisajes alucinados,
auroras vegetales y fantasmas.

Si le preguntáramos al loco
por sus vicisitudes y sarcasmos,
seguro que será una carcajada
su demencial respuesta.

Los que no conocen el motivo de las cosas,
los que no se dan cuenta de los trajines
puede ser que no sueñen,
que no les haga falta su presencia.

Puede ser que la memoria
sea algo olvidado

y que la noche sea un vacío definitivo
perdido en los silencios de la oscuridad.

Qué vagas soledades guardarán
en sus mentes,

en sus extravíos totales
mientras nos miran sin vernos.

¿Qué sueños rondarán sus sueños?

EXTRAÑO POEMA

Las patas de la alfombra
se comen los huesos de las nalgas
y el espejo de madera
es una bifurcación oscura y letal,
... Así tal vez dijera, irónico,
Antonio Nella Castro.

L

Y sigo:

El papel es un sonido sin clemencia,
una diadema de rastros y de espuma
como el aire de las manos
y las herramientas de la rosa sin sangre.

De nada sirve el estallido del agua
ni el derrumbe del arco iris
sin el pan de las máscaras
o el alboroto de los puñales
que se cocinan en coágulos torturados.

Como un árbol líquido fluye
inconsciente,
el resumen singular de la cadenas
en las barrigas pétreas de los hongos
entre la saliva y la roca
de un alfabeto desahuciado
por los glóbulos del ocio y la leyenda.

Un negro amanecer de serpientes boca adentro
pululan los rascacielos invertidos de la luna.

Nostalgia

*“El patio de mi casa en el
Verano ya no es mío, pertenece con
su sombra a los pájaros”.*
Jorge Raúl Muñoz

De repente, uno recuerda
los viejos patios de la ciudad,
sus anchas galerías,
las plazas donde quedó la infancia
y ciertas calles empedradas
oscuras y solas.

Y digo esto
porque ya lo años las están borrando
de la memoria;
el paisaje ciudadano
es sólo una muestra de cemento,
de piel gris y lisa
donde no cabe la nostalgia
ni la sal de las lágrimas.

Hay un pasado sin huellas
y un tiempo que desaparece
vertiginosamente.

Recordando a Walter

La poesía estaba en él, solidaria
con sus pasos lentos,
y se dejaba construir pausadamente
aflorando prolija en cada verso.

Tuvo la gran delicadeza
de habitarla hasta muy adentro
y la llevó del brazo desde siempre
por su paisaje doloroso y cierto.

Contagiaba su ser desaliñado,
el sentir de sus afectos
y sus maneras profundas y calladas
cuando se daba vertical y entero.

Le costaba reír a carcajadas
porque su vida no era para eso;
prefirió aparearse con la poesía
en carne y hueso
y la cobijó con sus manos amarillas
hasta el último momento.

El niño ciego

Lo miro andar arrastrando los pies,
tanteando paredes,
calculando los tropiezos
y los encontrones a veces.

No conoció nunca el azul del cielo
ni el rosado de los amaneceres,
no sabe el variado color de las flores pero cree,
cree, cuando le cuentan,
que la luna tiene eclipses transparentes
y que el firmamento es infinito
y hermoso, muy hermoso y no sabe
lo que significa hermoso.

El niño ciego,
que camina lento,
pasa cantando una canción alegre.

Pequeña elegía sobre Julio Espinosa

Siempre estuvo del otro lado de la vida
y para transitar su paisaje
se mezcló entre maderas,
música y anocheceres.

Aferrado a su guitarra
la vistió de coplas doloridas
y desgarró su corazón
en los propios altares de su deslumbramiento.

Se sabía hacedor y permanecía
Prófugo a su destino.

Con su vino derramado, intencional,
inmaterial, con el alma sumergida
en los polvaderaes del tiempo,
se hizo vidala en los boliches del pueblo
hasta desenterrar su sombra
que lo está llorando llena de infinitos
y de azules recuerdos.

Esas cosas...

Esas cosas que guarda la memoria...
las que no se apagaron ni se duermen,
aquellas que quedaron en el alma
permanentes;
esas cosas simples de la vida,
con sus hechos inocentes
amarrados a sus cadenas
de lágrimas celestes,
se acuestan de pronto con mi sangre
y con mi sombra muchas veces.

Recuerdo tardes amarillas
con pájaros que vuelven;
cosas que de golpe
se amontonan en mis sienes
que a veces aparecen
y que, a pesar de la nostalgia que rodea
deseo que se queden para siempre.

El chalchalero

El chalchalero sabe que únicamente
el aire del cielo es su comarca,
que los montes y los gajos
son su amparo y su morada
mientras detrás de unos barrotes de mimbre
observa estropeándose las alas.

No le quiten su ansiedad de trinos,
sus deseos de árboles y espacios
que no alcanza
y, por su necesidad de vuelo
ya no canta.

Cuando el chalchalero escape,
esté libre y se refugie
en las sombras de la plaza,
seguro que entonces
ha de dejar de llorar
el viejo sauce de mi casa.

Paisaje

(Sobre un cuadro de Jorge Cornejo Albrecht)

Una dulce pradera iluminada,
un cielo gris que a todo lo estremece
con su luz vegetal, donde amanece
un paisaje sin sombra en la quebrada.

Es una luz azul pre meditada
que de pronto se va y desaparece,
y entre árboles oscuros aparece
el perfil de una casa abandonada.

En el rojo hay un río embravecido
y en los surcos un raro colorido
mientras huyen las nubes en tropel.

Después un horizonte muy lejano
que atraviesa un camino comarcano
donde asombran los golpes de pincel.

Limache

Recuerdas Raúl, aquellos días
aquellas tardes en Limache
rosadas de verano, ¿solitarias y polvorientas?
Cuando el camino era
una ríspida travesía bajo los árboles
y sobre el agua del acequia,
que cantaba bordeando tu casa,
navegaban, como mariposas,
¿las hojas muertas del paisaje?

Yo recuerdo esas cosas todavía.
Muchas cosas alegres y fraternas;
el campo fértil esperando la cosecha
y la verdosa humedad de las calas.
Cuando Mónica, a gatas, dichosa en la galería
nos miraba asombrada cada vez
que llegábamos con Manuel Castilla,
en bicicleta.

Eran tiempos de mis primeros versos,
tiempos de poesías entre todos;
eran tiempos de vino y de noches largas
en las que Renee, tu mujer, nos aguantaba.
Noche de bandoneones
en la carpa de don Lalo Musa
que me hace acordar a otros carnavales.
El campo era verde en aquellos días
luminosos y abiertos,
con caballos dormidos y mugidos cercanos.

Era cuando alrededor del fuego
—donde nació el apodo—,
recitábamos temerosos los poemas nuevos
o escuchábamos intrigados
las leyendas y los cuentos noctámbulos
del César Perdiguero.

Cuántas cosas en Limache...

¿Te acuerdas Raúl?

Soldado en Malvinas

“Una de tantas provincias del interior fue su tierra” J. L. Borges

Era montaraz y arisco,
nació y vivió entre guayacanes,
cebiles y lapachos.

En la escuela le enseñaron que allá lejos,
muy al sur del Continente,
estaban las Islas Malvinas, esperando.

Las tenía impresas
en sus libros de lectura y geografía
y empezó a quererlas sin retazo.

Supo que eran argentinas desde siempre,
que pertenecían a su misma bandera
en las heladas aguas del Atlántico
y que un día, sin que nadie sospechara
se apoderaron de ellas a mansalva
(Esas cosas que tienen los corsarios).

Pasaron los años ¡y a reconquistarlas!...le dijeron,
Y su corazón se llenó de orgullo de que lo llamaran
Y que fuera uno más, de la Patria su soldado.

Y allá fue decidido, llevando en su memoria
su territorio verde con árboles gigantes,
las huellas de los tigres y el mugir del ganado.

Dejó sus seres más queridos, sus cosas,
el sol grande, la luna inmensa y amarilla
el cantar de los pájaros y el relincho de su caballo.

Supo que la patria también era eso;
el mar, las gaviotas, la Rosa de los Vientos...
la Cruz del Sur en lo más alto.

Se enfrentó con otras tierras y otros hombres,
con otro idioma y otros gestos
(de los cuales no era ni baquiano)
y tuvo que aguantar tanta metralla,
tanto caminar por ventosas soledades
hasta quedar descalzo.

De pronto, sobre la arena fría
vio caer, estremecido,
su valiente uniforme hecho pedazos.

Y volvió con pena a su chaco salteño,
orgulloso por haber servido,
a combatir por lo robado,
con una medalla al valor sobre su pecho,
la escarapela de honor en su birrete
y, como una ofrenda, sus dedos mutilados.

San Pedro de Yacochuya

Desde esta casa al pie de la montaña,
mirando caer la tarde en el paisaje
yo vengo a caminar entre las viñas
y a llevarme en los ojos todo el valle.

Su dueño me recibe cordialmente
(es costumbre ser así en Cafayate)
y me ofrece sus anchas galerías
cual si fuera un cansado caminante.

Al detener mis pasos en el patio
contemplo las alturas verdes y suaves
y de pronto, mis manos se humedecen
con el agua que cae, interminable.

La cascada que salta entre las rocas,
mojando las raíces de los árboles,
es un dulce murmullo entre las piedras
y un claro ronronear que se hace cauces.

Salpicando los líquenes y el musgo
pasa el agua regando los nogales
mientras llegan veranos luminosos
y en continuo esplendor las rosas se abren.

Me entero de que encima de estos cerros
la estancia se prolonga en animales
y pienso en cencerros y rebaños
y en pastores agrestemente hábiles.

Me imagino los pájaros silvestres
en el celeste amanecer del aire
y presiento guanacos y vicuñas
huyendo por ariscas soledades.

Más arriba está el viento y los guijarros,
los cardones, los amancayes fragantes
y el puma agazapado que se oculta
con su instinto feroz cuando tiene hambre.

Tocando las paredes de esta casa
detengo mi ansiedad en los umbrales
como esperando de que muera el día
y cambie de belleza el manso valle.

Después, sendero abajo, rumbo al pueblo,
con mi asombro callado, palpitante,
es que pienso que Dios estuvo alegre
cuando supo de que hizo estos lugares.

La poesía

La poesía es un destino
digno de sufrir.
Es dolor, amargura, sueño,
un pedazo de cielo entre la manos
y un árbol con pájaros azules,
es el mar agitando
sus pañuelos de espuma
o la sonrisa de un pequeño niño
tropezando sus pasos;
es el viento que trae los perfumes del alba,
es el color de las tempranas flores
brillantes de rocío
o el agua que corre entre las piedras
y que canta.

La poesía es una lejana tarde de marzo
con la luna acostada
en la triste sombra de los cipreses.

La poesía, tan hermosa,
cómo poderla escribir.

INDICE

La última rosa.....	6
Copla.....	7
La casa de tablas.....	8
Crepuscular.....	9
Ensueño.....	10
Extraño poema.....	11
Nostalgia.....	12
Recordando a Walter.....	13
El niño ciego.....	14
Pequeña elegía sobre Julio Espinosa.....	15
Esas cosas.....	16
El Chalchalero.....	17
Paisaje.....	18
Limache.....	19
Soldado en Malvinas.....	20
San Pedro de Yacochuya.....	22
La poesía.....	23